



Así fue la pintura de Pedro Cobos. Foto delante de sus cuadros. (Foto: Navarro)

¡Qué grata sorpresa, amigo, oye, colocar esta tarde en el tocadiscos la luna negra de tu “Galería de perpetuas” que, recién grabada, acabas de mandarme desde Murcia: qué gozada alcanzar tus letras con señora dentro, racimo de coplas vendimiado por la voz de Marisol, hoy Pepa Flores, qué nombre, Pedro, ni apadrinado por León y Quiroga! Una jugada redonda la tuya ésta que te ha llevado a utilizar las estrías de un “long-play” como pretexto santo para hacer literatura. Te aseguro que me ha gustado abrirle calle, darle paso en mi tarde amarilla y mineral a esta cofradía de hembras con problemas, caterva de daguerrotipos coloreados a mano, mujeres muy suyas todas, soportando desde la misma leche la incómoda cadena del amor oscuro, unas; dejándose comprar otras, como el ganado, por trece duros de plata; éstas, en la dormivela del quiero y no quiero, me

timo o no con el vendedor de fruta; aquéllas, tirándole los tejos a un niño, sin caer en la cuenta de que, cuando a hombre llegue, las tales tendrán blanca la trenza... Puedes suponer, sin embargo, que la que de veras me ha conmovido del todo ha sido la nombrada Dolores Sánchez, la que cumple sentencia en Alcalá de Henares y envía sabrosas epístolas a La Unión, a lo mejor con sello usado, por si pasa:

*Señor don Ramón Pitera  
en el Café de Ramón.  
Para entregar a Juan Rico,  
minero del pozo doce  
en las minas de La Unión...*



A ti, Pedro, es que te ha tirado La Unión siempre, hasta el extremo de no querer perdonarle a mi pueblo el hecho de no contar actualmente con un café cantante, de tanta tradición en los anales ciudadanos, hasta insistirme: “Yo, de ti, abría un café cantante en La Unión por mi cuenta. Piénsatelo”.

Mientras me lo pienso, pasan algunos años, los suficientes para que en uno de ellos pueda tropezarme con el texto de tu programa abrialeño, editado por el Ayuntamiento de Murcia, por el que me das a conocer, a través de tu barroco desparpajo literario, el alma toda de la fiesta murciana, sus magias y liturgias, sus frescuras y donaires, sus gritos y susurros, se trate del cohete que intenta ganarle en estatura a la torre catedralicia o la gastronomía ambulante de las carrozas del Bando, de la “sená” del nazareno o la pechuga de la sardina. Te escribo enseguida a Murcia, felicitándote, felicitándome a mí mismo por descubrir en ti, frente al quiero y no puedo de algunos escritores, a ese escritor como la copa de un pino en que te has convertido.

Un día vienes a La Unión, a lo mejor a comprobar si el proyecto de apertura del café cantante endereza ya su andadura por válidos caminos. Te llevas un ejemplar de la convocatoria del *Premio Andrés Cegarra Salcedo*, te presentas al certamen y lo ganas. Entonces vas y escribes en *La Verdad*, en referencia al concurso bautizado con el nombre del malogrado escritor unionense: “Cualquier poeta que lo sea y viva además como poeta, esto es, ayunando un día y bebiendo champán catalán al siguiente, siempre deseará apretarlo contra su pecho. El premio Andrés Cegarra, tierno y humilde, es de los que ponen común en la vanidad de un currículum”. ¿Te acuerdas de tu letra premiada? Yo, sí.

*Morenita de canela,  
en pie se pone el café  
cuando canta la Gabriela.  
Nadie le echó tanto aquél  
al cante de la minera.*

El café. Tú, erre que erre con el tema, tan dilecto para ti, que sabes lo que en La Unión representa un día el café cantante, los cafés cantantes, tantos que en una sola calle faltaban dedos en las manos para contabilizarlos. Lo que no sé es si, ahora, te has ido ignorando que, por fin, La Unión cuenta ya con un nuevo café cantante, apócrifo si quieres pero, mira, café cantante a fin de cuentas. Llegado el verano, cuando el Festival Nacional del Cante de las Minas convoca sus jornadas jondas, el Ayuntamiento local hace que La Unión recupere la estampa sepia del viejo “tablao”, el anaquel modernista de vinos y licores; el inevitable cartel del anuncio del Anís del Mono, firmado por Casas; la lámpara de gas, de agua muerta de unos espejos en cuyo alinde se congela un tiempo irrepetible... No te miento si te digo que entre sus contertulios nocturnos uno cree descubrir —creer no es afirmar— la silueta de Chilares, el perfil inconfundible del Rojo el Alpargatero, con su pelo de panocha; la sandunga de Emilia Benito, alias “la Satisfecha”, envuelta en la ola de su mantón de chinos... A la tertulia faltas tú, claro. También es cosa triste que te hayas decidido a dejarnos así por las buenas. Tú, a lo tuyo. Pedro. Firmas *La vida perdularia* y ahí te quedas, mundo amargo. A lo mejor te has ido sin detenerte a reflexionar que le legas a Murcia una de las obras claves de su literatura actual, en la que, ahí es nada, toda la región ha posado para ti. Contra ti ya no valen las mordazas, la zancadilla excluyente. Abro las páginas de tu libro por el capítulo dedicado a La Unión, descubriendo que en una de ellas me has hecho amigo del macero Jeremías, detalle de agradecer. Repaso la nómina de cafés cantantes unionenses por ti citados —¡cómo olvidarte de ellos!—: el de las Bombas, el de la Micaela, el de la Parra, el de la Fogonera... Echo en falta precisamente éste, tan aparente, que abre sus puertas cada Festival minero. Lo que me temía, Pedro. No lo has llegado a visitar. A lo mejor, ni siquiera te ha llegado la noticia de su apertura. Mira, allí donde estés, no pierdas la ocasión, si puedes, de solicitar la oportuna licencia para darte una vuelta por él, cualquier noche del agosto minero, cuando la sierra se pone la luna por montera y de la boca de las guitarras surge, poderosa, la voz del cante. Te aseguro que, “láguenas” y coplas por medio, ibas a pasar un buen rato. Vamos, digo yo.